

Ernesto Mallo

El comisario Lascano

Crimen en el barrio del Once
El policía descalzo de la plaza San Martín
Los hombres te han hecho mal

 **Siruela**

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

Prólogo	9
Crimen en el barrio del Once	13
El policía descalzo de la plaza San Martín	147
Los hombres te han hecho mal	295

Invitación al viaje

Muchas veces me encuentro con personas que dicen tener una idea fantástica para una novela. Les contesto que yo tengo diez por día, que cualquier idea, hasta la más nimia, es buena para una narración a condición de que se sepa escribirla, el asunto no es tener una buena idea, eso es fácil, lo difícil es escribirla.

El gesto mínimo y airado de una mujer que discute con su amante en una mesa de café; una brevísima mirada de amor, de deseo, de odio o de cualquier otra pasión; el lenguaje de los cuerpos que muchas veces es más verdadero que las palabras. Observo estas narraciones de la vida cotidiana y me pregunto: ¿cómo se cuenta eso que acabo de ver? ¿Cuáles son las palabras que las transmitirán con mayor precisión? Y, más importante aún, ¿cuál es el orden de esas palabras?

Durante veinticinco años tuve dando vueltas en mi cabeza una idea para una narración. Un buen punto de partida, nada más que eso. Alguien cometía un asesinato privado y ocultaba su cadáver entre los que diseminaba por todas partes el terrorismo de Estado de la última dictadura argentina. Los homicidios de los grupos de tareas no eran investigados, cosa muy ventajosa para cualquier asesino que se precie. Sabía algunas cosas que no quería: juzgar el accionar de los militares o reivindicar a nadie. No me interesaba una historia «sobre» la dictadura sino una que sucedía «en» la dictadura. Tampoco una historia de héroes y mártires, quería una de seres humanos, sus pasiones, sus miedos, sus ambiciones y sus conductas. Una historia contada en términos de acción y sensaciones no de conceptos. Pero no tenía la menor idea cómo hacerlo. Yo escribía para la prensa, el cine y el teatro, pero ninguno de esos géneros me parecían adecuados para esta trama. Sin embargo, aquella premisa básica volvía a revolotear con la insistencia de un abejorro y yo nunca encontraba el tiempo para desarrollarla.

Y entonces sucedió la crisis de 2001. Aquel ensayo general que hicieron los centros del poder financiero internacional en Argentina, y que luego aplicarían en Europa y otras regiones. Treinta y cuatro por ciento de desocupados; bancarrota generalizada de la industria y el comercio; emisión de dieciséis billetes-moneda diferentes, cada uno con menor valor que el anterior; incautación por parte del gobierno de los depósitos bancarios de todos los ciudadanos, menos los de sus amigos; desabastecimiento; estallido social; saqueos, desmanes; que se vayan todos; represión policial, veintisiete muertos y más de cien heridos; cambiaron cinco presidentes en once días. La clase política fracasando en toda la línea. La guerra civil a la vuelta de la esquina. Y a todo esto vino a sumarse una crisis personal: pérdida del trabajo, hija gravemente enferma, divorcio, demandas judiciales surtidas por falta de pago. Nada que hacer y mucho tiempo para pensar con qué sogá ahorcarme.

Pero he aquí que, en medio del caos y la desesperación, una mañana apareció totalmente armada en mi cabeza la novela que luego sería *Crimen en el barrio del Once*. Clarísima, distinta, organizada en todas sus partes, tremendamente conmovedora, con ese sello distintivo que tienen las obras basadas en hechos terribles vividos de primera mano. Yo había sido un combatiente contra la dictadura, muchos de mis compañeros habían sido torturados y asesinados por los militares. Esa obra también sería mi apasionada venganza, pero no en la forma de una denuncia, sino mostrándolos tal cual son: seres miserables y crueles en todo detalle. Los conocía muy bien, podía hacerlo. El mundo se venía abajo a mi alrededor, pero yo tenía una misión.

Escribí la novela poseído por la fiebre de la narración, en el estado de locura y alienación que requería un texto referido a un tiempo en que todos estábamos locos, la espantosa situación en que locura era la normalidad. Encadenado a la computadora, trabajaba dieciocho horas por día, interrumpiendo solo para comer, dormir cuando me vencía el sueño (a veces caía sobre el teclado entre una palabra y otra), o para dedicarle algunos momentos a llorar las desgracias que me estaban aconteciendo. En sesenta días produje la primera versión de la novela. Pero estaba tan chiflado que no alcanzaba a determinar si lo que había escrito tenía algún valor. Necesitaba una opinión de afuera. Entonces se lo llevé a mi amiga Natu Poblet, propietaria de una librería tradicional de Buenos Aires, cuya voracidad lectora consume cinco o seis libros por semana. Me llamó dos días más tarde para decirme emocionada que era lo mejor que

había leído en los últimos tiempos. Me dio valiosísimos consejos sobre cuestiones a corregir que yo seguí al pie de la letra. Luego me recomendó que la presentara al Premio Clarín de Novela, el más importante del país. El día de la entrega de premios tuve que pedir prestado para comprar el billete de ómnibus que me llevaría a la ceremonia. Salí segundo en medio de una pelea escandalosa entre los jurados porque había quienes decían que debían darme el primero y estaban dispuestos a batirse con los otros. Apareció una editorial de las grandes, con un tentadora oferta de adelanto para publicarla y un productor de cine extranjero con un fajo de razones para llevarla al cine. Partiendo de la más negra miseria, de un día para el otro me vi premiado, besado por señoritas, halagado por la prensa, perseguido por los *paparazzi* y con un montón de dinero en el bolsillo. Recuerdo haber vuelto a casa de los festejos, mirarme en el espejo y decirme: esto es más enloquecedor que todo lo demás. Sentí miedo, me dije que debía andarme con mucho cuidado. Tuve la clara sensación de que andaba por terreno minado. ¿Qué hacer a continuación? ¿En qué me había transformado ese paso por un infierno del que me habían expulsado a golpes de *flash*?

Recordé entonces unas palabras de Roland Barthes:

Un acontecimiento, un momento, un cambio vivido como significativo, solemne: una especie de toma de conciencia «total», precisamente la que puede determinar y consagrar un viaje, una peregrinación en un continente nuevo, una iniciación.

Un acontecimiento proveniente del Destino puede sobrevenir para marcar, comenzar, incidir, articular, aunque sea dolorosa, dramáticamente, este encallamiento progresivo, determina esta inversión del paisaje demasiado familiar... el activo del dolor.

Un duelo cruel y único puede marcar el pliegue decisivo: el duelo será lo mejor de mi vida, lo que la divide irremediabilmente en un antes y un después... ese momento en que se descubre la muerte como real.

De golpe, entonces, se produce esta evidencia: ya no tengo tiempo de ensayar nuevas vidas, tengo que elegir mi última vida, mi vida nueva.

Y tomé una decisión importantísima: no haría nada hasta averiguar en quién me había convertido y cuál sería mi vida nueva. No tardé mucho en saberlo, la literatura me había sacado del pozo, sería lo que mi madre siempre supo que era: un escritor.

Un escritor es alguien que escribe, a ello me puse y produje *El policía descalzo de la plaza San Martín*, mi segunda novela. Una parábola sobre la amistad de dos hombres, enfrentados por la ley, pero unidos por un código ético común y que comparten la búsqueda del amor con la urgencia de quien sabe que su oficio, criminal o policía, terminará por quitárselo todo.

Luego me enteraría de que la trata de personas había superado al tráfico de armas como negocio criminal. Segundo solamente al tráfico de drogas, con el cual tiene muchísimos vínculos, cuando no forma parte de la misma red. Nunca en la historia de la humanidad hubo tantas personas en estado de esclavitud como en nuestro tiempo. Esta forma crudelísima de explotación de los humanos convoca a los seres más sórdidos que sostienen su negocio mediante el ejercicio de la violencia, especialmente contra mujeres y niños. Me propuse entonces ponerlos en evidencia, nuevamente no a través de la denuncia o la condena, sino de mostrarlos en sus conductas, gestos y actitudes, tal cual son.

En las tres novelas hay villanos, infaltables personajes de la narración policiaca. En una y otra historia aparecen diferentes, tienen distinta edad, distinta actitud, distinta apariencia, pero no hay que engañarse, tienen más en común de lo que podría pensarse. Sus motivaciones son las mismas, sus ideas son las mismas, sus prácticas son las mismas, sus justificaciones son las mismas, solo son sus máscaras las que cambian. Son esos seres en cuya personalidad la pulsión del mal se ha impuesto sobre la del bien.

Siempre creí que estas tres novelas, constituyen una misma narración, una misma historia. Por eso celebro la decisión de Ediciones Siruela de publicarlas reunidas en un mismo volumen. Es la demostración de que en el mundo editorial existen todavía personas que ejercen esa maravillosa actividad con sensibilidad, con elegancia, con inteligencia y con iniciativas siempre renovadas.

Acá están estas tres historias que fueron escritas con las tripas más que con el intelecto; con el fluir de la inconsciencia, más que con el de la conciencia, desde lo vivido más que desde lo pensado. Tres historias tremendas sobre la condición humana y las terribles miserias de los hombres, pero también sobre sus sueños y sus esperanzas. El arte tiene algo de redentor toda vez que tiende puentes sobre lo que nos pueda separar para aventurarnos en una peregrinación por ese continente siempre nuevo que es el otro, pieza clave del universo.

Acá comienza, buen viaje.

Ernesto Mallo

Crimen en el barrio del Once

Mañana o pasado llegará la catástrofe, ahogándonos en sangre, si no estamos ya reducidos a cenizas. Todos tienen miedo. Yo también; no duermo por las noches, dominado por el terror, y no funciona nada, solo tenemos el miedo... ¿Qué hace entonces el comisario Bauer? Hace su trabajo, intentando crear un poco de orden y sensatez donde solo hay caos y desintegración sin remedio. Pero no estoy solo...

INGMAR BERGMAN, *El huevo de la serpiente*

*Yo sé que hay que matar, sí,
pero a quién...*

Homero Expósito, 1976

Hay días en que el borde de la cama es un abismo de quinientos metros. La repetición continua de cosas que no queremos hacer. Lascano querría quedarse en la cama para siempre o arrojarse al abismo. Solo si el abismo fuera real. Pero no lo es. Lo único real es el dolor.

Así se siente Lascano esta y todas las mañanas desde la muerte de su mujer. Huérfano de niño, parecía predestinado a la soledad. Marisa fue una tregua de ocho años que la vida le concedió, argumento para seguir viviendo, recreo fugaz que finalizó hace menos de un año, dejándolo nuevamente varado en los bajíos de una isla donde se ganó con justicia su mote: el Perro.

Se lanza al vacío. La ducha le lava los restos del sueño que se van aullando por el sumidero. Se viste, se calza la Bersa Thunder 9 mm en la sobaquera. Se acerca a la jaula, hábitat del pájaro, que es lo único vivo que le quedó de Marisa, y agrega una pizca de alimento en el comedero. Sale a la madrugada desierta. No amanece aún. La humedad es tal que, siente, podría ir nadando hasta su auto. Las luces y las sombras difuminan espectros en la niebla que todo lo envuelve. Enciende el primer cigarrillo del día.

A medida que avanza, en la esquina, va dibujándose el operativo. Dos Bedford oliva del ejército chicanean la bocacalle. Soldados con Fal y ametralladoras. Un colectivo de línea con las puertas abiertas. Sobre el costado, de espaldas al personal militar, con las manos alzadas, todos sus pasajeros aguardan en silencio el turno de ser palpados y luego interrogados por un teniente con cara de niño feroz.

Lascano cruza con indiferencia. Un recluta mira a su teniente como esperando una orden que no se produce y vuelve a Lascano. Él le responde con una mirada de mando, recta, bien adentro de los ojos, que le hace bajar los suyos. Lentamente despega el amanecer.

Poco antes de llegar al garaje, los camiones militares pasan a su lado. En el primero han cargado a un muchacho y a una chica con vestido de flores que bien puede tener la edad de Marisa cuando la conoció. Le lanza una mirada de fugaz desesperación que le repica en la columna como si le hubieran aplicado los doscientos veinte, y se la traga la niebla. Lascano enfila para la negra boca del garaje. Comienza el día.

La rampa le recuerda, uno por uno, todos los cigarrillos fumados. Mientras el motor del Falcon toma temperatura, enciende el segundo y agarra el radio transmisor.

Quince a base. Cambio. Guau, guau. Cambio. Nos despertamos graciosos. Cambio. Si te hubieras pasado toda la noche acá, vos también estarías gracioso, Perro. Cambio. ¿Qué hay? Cambio. Tenés que presentarte en el Riachuelo. Cambio. ¿Dónde? Cambio. Avenida 27 de Febrero, frente al lago del Autódromo. Cambio. ¿Y? Cambio. Investiga dos cuerpos tirados cerca de la banquina, del lado del río. Cambio. ¿No será un traslado? Cambio. No sé, arreglate. Cambio. Voy para allá. Cambio y fuera.

La primera siempre canta un poco, cada vez más.

Uno de estos días tendré que llevarlo a que le compongan el varillaje, antes de que me deje tirado en cualquier parte.

La comunicación lo pone de mal humor.

A su izquierda, de las aguas del Riachuelo se levanta una bruma química que corrompe el ambiente. Conduce con la ventanilla abierta, como si quisiera castigarse con la pestilencia que brota del río. A través del parabrisas, el paisaje se difumina y reaparece al ritmo de las escobillas. La radio está en silencio, la avenida desierta. Las ruedas, girando sobre el macadán, devuelven un tac tac monótono que tiene algo de ferroviario. Un movimiento, adelante, interrumpe la hipnosis. A la izquierda, una Rural Falcon gira en U. Tiene un bollo en el portón y el plástico de las luces de posición del lado derecho está quebrado. Emite luz blanca en lugar de la roja reglamentaria.

Levanta el pie del acelerador. La Rural toma el mismo carril y se aleja a toda velocidad. Llega al lugar de donde salió. Hay una choza de lata y una huella en la tierra entre el pastizal manchado. Se mete por allí unos metros. Unos bultos en el suelo. Detiene la marcha, pone el freno de mano, desciende y los ve: son tres cadáveres. Enciende el tercer cigarrillo. Se acerca. Dos de los cuerpos están húmedos por el rocío. Tienen las facciones borradas por infinidad de balazos. Los cráneos destrozados. Contiene una arcada. Advierte que se trata de una muchacha y un muchacho jóvenes que visten jeans y pulóveres de cuello alto. El tercero es un hombre alto, de unos sesenta años, fornido, panzón, poco pelo encanecido, viste traje negro y corbata, está seco y tiene un grito salvaje que la muerte le congeló en la boca. No lleva cinturón. Su cabeza está intacta. A la altura del estómago, una gran mancha de sangre le dibuja una flor en la camisa celeste. Muy cerca hay un trozo de plástico rojo que recoge, examina y guarda. Enciende el cuarto cigarrillo y regresa lentamente al auto. Por el camino encuentra el cinturón que sin duda perteneció al muerto. La hebilla está quebrada. Lo enrolla en su mano. Se sienta con las piernas hacia fuera. Toma el micrófono.

Quince a base. Cambio. ¿Ya estás allí? Cambio. ¿Cuántos muertos me dijiste? Cambio. Dos. Cambio. Mandame la fiambarrera, los traslado a Viamonte. Cambio. Ya te la mando. Cambio. Espero. Cambio y fuera.

Se deja caer en el asiento. Termina el cigarrillo y lo arroja por la ventanilla abierta. Comienza a llover. Se incorpora, toma el volante. Pone en marcha el motor y retrocede hasta la avenida para hacerse visible a la ambulancia. Aguarda. Pasa un camión frigorífico. Recuerda unas palabras de Fuseli:

De la muerte de un hijo uno no se cura nunca, es algo con lo que hay que vivir para siempre.

Por experiencia, Fuseli sabe muy bien de lo que está hablando. A Lascano le llamó la atención el comentario, porque su amigo se cuidó muy bien de revelarle que, al morir, Marisa estaba embarazada de dos meses. Nunca más volvieron a hablar de hijos muertos. Saben que esa cicatriz está allí adentro y no sienten ninguna necesidad de lamerse la heridas. Tanto él como Lascano son de los que creen que los hombres deben sufrir en silencio. Lo conoce desde muchos

años atrás, pero nunca habían hablado de otra cosa que del trabajo. Fuseli es médico forense. Un tipo verdaderamente apasionado con su profesión. Es bajo, gordito, retacón, un poco pelado y peinado a la gomina, con su delantal siempre impecable y todo el aspecto de un señor formal. Es de una severidad obsesiva a la hora de descubrir los secretos de un cadáver. Fuseli le habla a los muertos, y ellos le responden. Nadie tiene su ojo para detectar mínimos detalles ni la paciencia para quedarse toda una noche desentrañando un cadáver. Sin embargo, el día que se enteró de la muerte de Marisa dejó todo para acompañar a Lascano al cementerio de La Tablada.

A lo lejos comienzan a relampaguear las luces de la ambulancia.

El Perro estaba demasiado abatido para sorprenderse. Aceptó su abrazo franco y sus pocas y certeras palabras como un maná. Amigos desde entonces, sin juzgarse, sin competir. En aquel momento, en la desesperación, pero también en las escasas alegrías. Los une, además, el hecho de que ambos toman la férrea concentración en el trabajo como un placebo. Aunque de esto tampoco hablan mucho, es así, naturalmente. Quizás la verdadera amistad se exprese mejor por lo que se calla que por lo que se dice.

Al llegar la camioneta, Lascano le señala el lugar al que debe dirigirse, camina pausadamente tras ella e indica al chofer y al enfermero que se lleven los cadáveres. Vuelve a inspeccionar el cuerpo gordo. Le revisa los bolsillos y solo encuentra unas pocas monedas y una tarjeta: Aserradero La Fortuna, con una dirección en Benavídez, cerca de Tigre. Se aparta para que el enfermero lo cargue en la camilla. Sube a su auto, arranca y en poco tiempo está detrás de la ambulancia.

GUARDE DISTANCIA.

Favorecidos por el escaso tránsito de la hora, en pocos minutos están en el patio de la morgue. Mientras bajan los cuerpos, Lascano va al encuentro de su amigo Fuseli, en la sala de operaciones. Concentrado en su microscopio, el forense no advierte su presencia.

Fuseli. No son tiempos para andar tan distraído. No te vaya a pasar lo que a Arquímedes. ¡Perro!, qué hacés por acá. Te traje unos regalitos, para que no te aburras. ¿Qué me trajiste?

Los camilleros depositan los cuerpos en las mesas de disección y se marchan. Fuseli se acerca al hombre gordo. Lascano enciende un cigarrillo.

¿Tenés la Polaroid? Ahí, en el gabinete.

Lascano se dirige al mueble y toma la cámara. Fuseli examina detenidamente el cadáver.

¿Está cargada? Creo que sí. A los dos pibes los fusilaron. Este es diferente. Me pareció lo mismo. Hola, muchachote. ¿Me vas a contar tus secretos?

Fuseli toma la cabeza del muerto y la acomoda. Lascano levanta la Polaroid y oprime el botón rojo. Con un zumbido, la cámara expulsa la foto para que se revele. Lascano la abanica.

Estás cada día más loco. Hasta un criminal de cuarta sabe que los muertos no hablan. Eso es porque los criminales son muy ignorantes. Los muertos le hablan al que sabe escucharlos. Además, hay gente que les habla a las plantas. Che, ¿anda bien este aparato? No salió nada. Probá de nuevo.

Fuseli vuelve a acomodar la cabeza, Lascano toma otra foto.

¿Qué opinás?

Fuseli revisa atentamente las manos del cadáver.

Este dio pelea. ¿Creés que lo plantaron? ¿Y a vos qué te parece? Que si le ponemos unas guirnaldas es un arbolito de navidad. Los fusilados siempre aparecen con la cabeza destrozada. La del viejo está intacta. A no ser por estos golpes. Pero me da la impresión de que se los dieron cuando ya era boleta.

Lascano observa la placa. Como regresando del más allá, el retrato del muerto comienza a dibujarse.

Me parece que a este lo mataron en otro lado. ¿Qué más podés decirme? Vení mañana y te cuento. Hecho. Che, ¿por qué no me conseguís un poco de yerba de tus amigos los de toxi? Seguí que-

mando porro, ¿no te da vergüenza, viejo y hippie? Me da, pero me fumo un charuto y se me pasa. Voy a ver qué consigo. El cerebro agradecido. A ver, muchacho, ¿por dónde te la dieron...? Hum, acá está el agujerito, por aquí te entró la muerte y se te escapó la vida...

Fuseli entra en un estado de embelesamiento en el que el mundo desaparece, dejándolo totalmente abstraído en su trabajo, sumergido en su relación de intimidad con los muertos. Lascano abandona la sala en silencio. Una brisa leve pero sostenida está limpiando el cielo y un solcito de invierno se cuela morosamente entre las nubes. La mañana promete, piensa, mientras aguarda en la vereda que algún automovilista se digne cederle el paso para salir del patio de la morgue.